

bárbaros, que se habían esparcido por este país, les trajeron las provisiones que necesitaban, y que les duraron tres días, á pesar de haberlas compartido con los pobres de la ciudad.

Algunos de sus discípulos quisieron obsequiar á los otros preparándoles los manjeres que les habían llevado de una manera más esmerada. Alejandro lo permitió, pero mientras trabajaban en su preparación, tomó el libro de los Evangelios, y dijo que era necesario partir, para enseñarles de esta manera á desprenderse de toda solicitud por las cosas terrenas, no permitiendo que ninguno de ellos tocara lo que se había preparado. Los discípulos obedecieron ciegamente.

Después de cuatro días de marcha llegaron á un monasterio, de que era superior un hermano suyo, llamado Pedro. Quiso conocer por sí mismo, si se conducía según las máximas estrechas de la renuncia evangélica, y tomando consigo á uno de sus discípulos, llamó á las puertas del monasterio. Dijole el portero que esperase á que diera parte al superior; pero le siguió, y se presentó á éste al mismo tiempo que el portero. Pedro le reconoció al punto, por más que hacía treinta años que no le había visto, y arrojándose á sus pies, le rogó que dispensase al portero, por haberle dejado entrar inmediatamente. Pero Alejandro le dijo con tono severo que estaba obligado á admitir á los extranjeros y á servirles á ejemplo de Abraham, y como mandaba Jesucristo: así es que se retiraba sacudiendo el polvo de sus hábitos. Su hermano y sus religiosos quisieron que se detuviese, á lo ménos un día: pero se contentó con hacerles una exhortación sobre el espíritu de pobreza y sobre el amor de Dios, é inmediatamente emprendió el camino de Antioquía.

No era desconocido en esta ciudad, pues había estado en ella hacía veinte años, y se había distinguido por el celo

con que se opuso al establecimiento de Porfirio, que se había apoderado de la silla patriarcal después de la muerte de Flaviano, en 404. El historiador de su vida dice que Teodoreto era entonces obispo, y que, habiéndose dejado llevar de la malicia é hipocresía de algunas personas mal intencionadas, le entregó juntamente con sus compañeros á éstas, para que los arrojasen de la ciudad, lo que ejecutaron con groseras injurias. Alejandro atribuyó estos malos tratamientos á la malicia del demonio más bien que á la de los hombres; así es que aprovechó las tinieblas de la noche para volver á entrar, y se retiró á un edificio arruinado, en que ántes había habido baños públicos, y allí continuó su salmodia.

Esto irritó nuevamente al obispo, el cual temió al pueblo, que miraba á Alejandro como á un profeta, y que acudía en tropel para oírle hablar de Dios, tanto más, cuanto que apoyaba su palabra con sus prodigios, así es que en adelante no se le hizo violencia. Alejandro se aprovechó de esta calma para devolver bien por el mal que se le había hecho, y se sirvió del ascendiente que sus discursos le daban sobre los espíritus para mover á muchas personas á que edificasen un hospital.

Sin embargo, experimentó muy bien que, cuando se quieren reprender los desórdenes del pueblo con la esperanza de remediarlos, y cuando se dice la verdad á los grandes, se corre peligro de ser víctima del celo. La dijo, efectivamente, al obispo y al ejército, lo mismo que al clero; pero no recogió otro fruto, que malos tratamientos. Un subdiácono, llamado Malco, hombre fiero y arrogante, se quejó de él al obispo. Le pintó á Alejandro como hombre fanático y perturbador, y en prueba de ello recordó que hacía veinte años se opuso á que Porfirio tomase posesión de la silla episcopal, y concluyó rogando al prelado, que se le arro-

jase de la ciudad, ó en caso contrario, que se retiraría todo el clero.

Teodoreto, extremadamente crédulo, le dió facultades para hacerlo, y el subdiácono acompañado de algunos sepultureros fué en busca de Alejandro, y al verle, le dió una bofetada, diciéndole: « Sal malvado, de esta ciudad. » Alejandro recibió la bofetada con la dulzura de un cordero, contentándose con repetir estas palabras del santo Evangelio: *Y el nombre de este siervo era Malco*. Los que se hallaban presentes quedaron admirados de la propiedad con que había aplicado estas palabras, y de la paciencia con que había sufrido aquella afrenta. Le defendieron contra Malco y su tropa; pero Alejandro se vió obligado á partir por orden del gobernador, que le desterró á Chalcis con sus discípulos.

Se aprovechó de este destierro para visitar los monasterios que había edificado en diferentes lugares, y algunos años despues vino secretamente á Antioquía para confirmar en la virtud á los que había ganado para Dios. Se detuvo el ménos tiempo que le fué posible, y partió con intención de encontrar algún lugar en que fuese útil á las almas. A una jornada, entró en un monasterio llamado Crithen, y quedó sorprendido de que se observaba la misma regla que había prescrito á los suyos, y la misma práctica de las virtudes evangélicas que él inspiraba á los que se ponían bajo su dirección. Examinando detenidamente todas las cosas, llegó á conocer que lo había fundado uno de sus discípulos; pero vió que se cultivaba un jardín de grande extensión, y dijo á los religiosos que no tenían entera confianza en la divina Providencia. Al oír esta reprensión, reconocieron á Alejandro, de quién les había hablado su fundador que ya había muerto, y cuya reputación se hallaba extendida por todo el Oriente.

Dejó la Siria, se trasladó á Constantinopla con veinte de

sus discípulos, llenos de ardoroso celo por la gloria de Dios y enteramente desprendidos de todas las cosas del mundo, y fundó un monasterio cerca de la Iglesia de san Mennas. El resplandor de sus virtudes, así como la sublimidad de sus discursos y la estrecha observancia á que sujetaba á sus discípulos, atrajo á su lado á muchas personas, que de todas partes venían á admirar su renuncia de todas las cosas de la tierra, su pobreza voluntaria, su abandono en la divina Providencia, y la continua salmodia que allí se observaba, y de que no había ejemplo en ninguna parte. Su comunidad creció tanto en poco tiempo, que se encontró compuesta de trescientos solitarios de tres lenguas diferentes, griegos, latinos y sirios, que eran católicos, y muchos de los cuales habían vivido en otros monasterios. Los dividió en seis coros, que cantaban sucesivamente y sin interrupción las alabanzas divinas.

Algunas personas, que no podían comprender como sostenían esta observancia, ni como podían sostenerse unos religiosos que nada poseían, entraron en desconfianza, y para observarlos y satisfacer su curiosidad, vinieron á pasar algunos dias en el monasterio. A nadie manifestaron sus desiguos, pero Dios se los hizo conocer á Alejandro, y manifestó con un milagro la providencia especial que ejercía con él. Alejandro dijo á un religioso encargado de tratar con las gentes que venían el monasterio, que fuese á la puerta, y recogiera lo que trajesen. Nadie había llamado, pero ántes de llegar el religioso á la puerta, oyó que daban en ella fuertes golpes, y vió á un jóven que venía cargado con panes muy blancos, y todavía calientes para la comunidad. Preguntóle el portero quién le mandaba; pero no supo responder otra cosa sino que un hombre vestido con un hábito blanco le había dicho en el momento en que sacaba los panes del horno, que los trajese el monasterio. Añadió que este hombre era el

que había llamado á la puerta, y que inmediatamente desapareció. Se reconoció sin dificultad que era un ángel enviado por el mismo Dios, á quien se dió fervorosa acción de gracias.

Refiere también el historiador de su vida, que Dios le manifestó una falta cometida por uno de sus religiosos, y que éste no se había atrevido á confesarle. Hizo que hirviese agua en una marmita, sin que bajo ella se colocase fuego. Pero la admiración con que el pueblo miraba su piedad y el buen orden de su monasterio, no tardó en convertirse en persecución. El demonio, continua su historiador, no podía permitir que viniese á Constantinopla á practicar tanto bien, como había hecho en otras provincias, y le acusó de pretender enseñar una falsa doctrina en la Iglesia, consiguiendo de esta manera que fuese llevado al prefecto, lo cual debe entenderse de la iglesia y del clero, ó de los obispos que se encontraban en esta ciudad. Dice Bolando que era entónces Nestorio el obispo de Constantinopla, y temía, en vista de lo que Alejandro había hecho en Antioquía para oponerse á la intrusión de Porfirio, que se opusiese también á sus errores. Como quiera que sea, se le obligó á comparecer en juicio, y fué condenado por el pronto á salir de la ciudad. Sin embargo, á nadie más que al mismo Dios había encomendado su defensa, y fué socorrido tan poderosamente, que no tardó en volver á su monasterio, sin que nada se lo impidiese.

Gozó algún tiempo de paz; pero no tardó en suscitársele una nueva persecución con motivo de unos religiosos que habían pasado de otros monasterios al suyo, de lo cual se le hizo un crimen. En su consecuencia, se le aprisionó con estos religiosos, se les maltrató, y se dió una orden para que cada cual volviese á su monasterio. Esto interrumpió por algunos dias la salmodia perpetua; pero bien pronto volvieron á emprenderla, pues habiendo sacado á Alejan-

dro de la prisión, por creerse que estaría solo, se le unieron al punto todos sus discípulos, y fueron á establecerse en un paraje de la Bitinia llamado Gomón, en la embocadura del Ponto-Euxino. Créese que vivió algún tiempo despues de este último establecimiento, á lo ménos el autor de su vida dice que murió en él. Bolando cree que su muerte acaeció el año 430.

Presumiendo san Marcelo, su discípulo, que le habían de poner en su lugar, no esperó á que espirase, sino que se retiró secretamente, y no volvió al monasterio, hasta que supo que había sido elegido superior un anciano llamado Juán. Durante su gobierno, un tal Filoteo le persuadió que trasladase su monasterio á un lugar, á que se dió el nombre de Ireneo, es decir, tranquilo y apacible, también en la Bitinia, á orillas del mar y cerca de Sosthenium, que es un puerto ó ensenada de la Tracia, al norte de Constantinopla, y llamado Laosthene por los antiguos. Este nuevo monasterio fundado por sus discípulos, es el que se llamó de los Ascemetas, que más tarde se hizo muy célebre. A él fué trasladado el cuerpo de Alejandro, que según su historiador, hacía todos los dias muchos milagros.

Este escritor, que era uno de sus discípulos, y que asegura referir lo que él mismo vió, dice que no sólomente se conservó la disciplina establecida por él, sino que la institución de la salmodia se propagó á otros muchos lugares, tanto del imperio romano como de los países bárbaros, lo cual se encuentra confirmado en la vida de san Marcelo.

Lo que, al parecer, atrajo persecuciones á Alejandro, fué el que se pretendía que perteneciese á la secta de los euquistas ó mesalianos, herejes que no se cuidaban más que de la oración, y que miraban como inútiles los demás ejercicios de piedad, lo cual fué causa de que el gran san Nilo condenase este error en una de sus cartas. Pero debe notarse que, si Alejandro estableció la oración continua,

no pretendia que ésta fuese el único ejercicio de piedad; pues sus religiosos no oraban juntos, sino que se dividían en varias tandas, entregándose unos á diferentes ejercicios, mientras que otros cantaban las alabanzas divinas.

Es verdad, como hace notar Bulteau que hay algo extraordinario en estos actos, y que no debe ser imitado, así como también hay en Tillemont algunos pasajes críticos que no son favorables al ilustre varón de que tratamos, pero estos mismos actos son muy justificables, como hace constar Bolando en sus notas marginales. Hay efectivamente, en la vida de los siervos de Dios cosas extraordinarias, de que no podemos formar un juicio exacto, porque para hacerlo, sería necesario haber vivido en su tiempo, haber presenciado todas las circunstancias, y haber penetrado en sus disposiciones interiores, lo cual solo Dios puede hacer. Por último, si, según el oráculo de Jesucristo, el árbol se conoce por sus frutos, no hay más que considerar los grandes servicios que el orden de los ascetas ha prestado á la Iglesia para juzgar favorablemente de su fundador.

RABULO, MONJE Y OBISPO DE EDESA, SAN JUAN CALIBITA.

Hemos dicho en la vida de Alejandro, que Rabulo, que era un gran señor y prefecto de una ciudad pagana, se convirtió al cristianismo. Su familia siguió su ejemplo, y su mujer edificó un monasterio, en donde, habiéndose consagrado á Dios juntamente con sus hijas y sus criadas, perseveró hasta el fin de sus dias en los ejercicios de la vida

religiosa. En cuanto á él, abrazó la vida monástica, y se sujetó á las máximas de desprendimiento de las cosas mundanas, que aprendió de Alejandro, de quién se hizo fiel discípulo. El escritor de las actas de Alejandro, dice que Rabulo llevó una vida tan austera y santa, que no parecía estar revestido de carne mortal. Sus ayunos eran muy largos, sus vigiliias casi continuas, y todas sus ocupaciones consistían en orar y gemir por el tiempo que había pasado en las supersticiones de la idolatría.

Después se le sacó de su retiro para colocarle, cual brillante lámpara sobre el candelero, y por todos los habitantes de Edesa fué elegido metropolitano de Mesopotamia. Cumplió con tanta exactitud este cargo, que, según dice su historiador, fué el maestro de toda la Siria, de la Armenia, de la Persia y de casi todo el Oriente.

Su celo por la conversión de los paganos se demostró principalmente en el cuidado que tomaba por lo educación de los niños. Como en el gran colegio de la ciudad había muchos de las provincias inmediatas, los llamaba á sí todos los meses, les enseñaba los misterios de la fé y las máximas del Evangelio: después los bautizaba, y cuando los veía bien instruidos en la religión, los enviaba á su país, y de este modo propagaba la religión cristiana.

Por esta época empezaban á tener resonancia los errores de Nestorio, y Rabulo se puso en un principio de parte de Juan de Antioquia, que apoyaba á este heresiarca juntamente con un gran número de obispos orientales. Pero no tardó en abrir los ojos, y en declararse adversario de estos dogmas impíos, lo cual hizo decir á san Cirilo que Rabulo era el fundamento y la columna de la verdad para todos los orientales. Arrojó del colegio de Edesa á todos los que sostenían los errores de Nestorio, y con el mismo celo se declaró contra Teodoro Mopsuesteno, á quién anatemizó en plena iglesia, así como á los que leían las obras de este